



PAZ Y BIEN  
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN

---

Bautismo del Señor

9- I- 2011

Textos:

Is.: 42, 1-4. 6-7.

Hech.: 10, 34-38.

Mt.: 3, 13-17.

“Este es mi Hijo muy querido”.

La fiesta litúrgica del Bautismo de Jesús recuerda la consagración que Él recibe para su misión salvífica que es universal, para toda la humanidad, porque Dios no hace acepción de personas (Hech. 10, 34). “Dios no excluye a nadie, ni a pobres ni a ricos. Dios no se deja condicionar por nuestros prejuicios humanos, sino que ve en cada uno un alma que es preciso salvar, y le atraen especialmente aquellas almas a las que se consideran perdidas y que así lo piensan ellas mismas. Jesucristo, encarnación de Dios, demostró esta inmensa misericordia” (Benedicto XVI, en L'Oss. Rom. 7. XI. 2010). Todos estamos invitados a participar de la vida de Dios y gozar de su paternidad, y nadie se debe sentir excluido de esta universal invitación.

La misión salvífica del Señor es confirmada por la presencia del Espíritu Santo y la voz de Dios Padre que proclama: “Este es mi Hijo muy amado”.

También en nuestro bautismo está presente la Santísima Trinidad; en el nombre de las tres divinas Personas somos bautizados, somos incorporados a la vida de Dios.

Un obispo del siglo IV-V, Teodoro de Mopsuestia, del bautismo dice:

“En el bautismo el sacerdote dice: **‘En el nombre del Padre’**, recordando así las palabras del Padre: *‘Este es mi hijo muy querido en quien tengo puesta mis complacencias’*. Comprende, pues, esto como referido a la adopción filial que te ha sido dada.

Luego, dice: **‘En el nombre del Hijo’**, tú entiéndelo de aquel que se hallaba presente en el que fue bautizado, es decir: Jesucristo y reconoce que él es para ti causa de la adopción filial.

Finalmente, dice **‘En el nombre del Espíritu Santo’** entonces recuerda a aquel que descendió en forma de paloma y permaneció sobre Jesús. La verdadera adopción filial es la concedida por el Espíritu Santo” (Homilía III sobre el bautismo, 25).

El relato del bautismo de Jesús presenta una de las paradojas evangélicas pues “Juan bautizó a nuestro Señor y Salvador; y sin embargo él fue bautizado por Cristo, porque Jesús santificó las aguas, mientras que Juan fue santificado por ellas. Jesús concedió la gracia, Juan la recibió; Juan se despojó de sus pecados, Jesús los perdonó, Juan, en efecto, era un hombre y Jesús era Dios (Cromacio de Aquileya. S. IV-V; Sermón 34, 3).

El domingo pasado meditábamos sobre nuestra condición de hijos adoptivos de Dios, *de hijos en el Hijo*, por eso Dios también se dirige a nosotros diciéndonos: **¡Sos mi hijo muy querido!**

El bautismo de Jesús nos recuerda que también nosotros hemos renacido con el agua y el Espíritu Santo. Por esta nueva vida somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos de Dios y coherederos de Cristo (Rom. 8, 17), nos enseña san Pablo.

Nuestra condición de hijos de Dios, hace alusión a la paternidad de Dios; Él no es sólo nuestro Creador sino nuestro Padre. Y es esta Paternidad la que, en tiempos de incertezas e inseguridades, siembra en nuestro corazón “una confianza inalterable que se funda – dice santa Teresita – en la certeza de sabernos amados por Dios que es Padre y como tal nos ama en su Hijo; Él nos ama más que cuanto podemos imaginar”.

El bautismo también hace referencia al martirio, así Orígenes los relaciona afirmando: “Se nos ha dado el bautismo y el martirio” (Exhortación al Martirio), esto significa que estamos llamados a dar testimonio de la fe recibida.

“El beato card. Newman – dice Benedicto XVI – nos enseña que si hemos aceptado la verdad de Cristo y nos hemos comprometido con él, no puede haber separación entre lo que creemos y lo que vivimos” (Londres, 18. IX. 2010).

Debemos ser concientes que en “nuestro tiempo, el precio que hay que pagar por la fidelidad al Evangelio ya no de ser ahorcado, descoyuntado y descuartizado o fusilado, pero a menudo implica ser excluido, ridiculizado o parodiado” (id.), como ocurre frecuentemente entre nosotros.

Hermanos, no podemos eludir nuestro compromiso bautismal, no podemos vivir encapsulados peregrinando como “buenas personas” anónimas entre los hombres; pues “nadie que contemple con realismo nuestro mundo de hoy podría pensar que los cristianos pueden permitirse el lujo de continuar como si no pasara nada, haciendo caso omiso de la profunda crisis de fe que impregna nuestra sociedad, o confiando sencillamente en que el patrimonio de valores transmitido durante siglos de cristianismo seguirá inspirando y configurando el futuro de nuestra sociedad” (Id).

El gran desafío para los cristianos, es el de emprender la nueva evangelización de una cultura que ha tomado distancia de la fe y de la Iglesia. Sin evangelización de la cultura no hay evangelización. (Cfr. Doc. Puebla, 385 ss.)

La fe es un don de Dios que debemos cuidar. Solemos decir frecuentemente, que valoramos el bien que poseemos cuando este está en peligro o cuando lo perdemos. Esto es lo que nuestros hermanos cristianos de Medio Oriente, y en los países musulmanes están viviendo.

“Protegemos la fe – dice el p. Roberto Jarjis, sacerdote iraquí – como un tesoro: sabemos qué quiere decir perderlo...Este tesoro hace de nosotros una comunidad que da todo por su fe: nos convierte en personas que tienen un tesoro que proteger. Y

vivimos protegiéndolo de todas las formas posibles, a cualquier precio, porque sabemos perfectamente que quiere decir perderlo” (Rev. Huellas 11. Dic. 2010).

Un profesor de teología nos decía: “La persecución no hay que pedirla, pero cuando viene, ¡qué bien que hace!” (Mons. C. Giaquinta).

Por último agregaba el p. Jarjis, “este tesoro hace de nosotros una comunidad que da todo por su fe” (Rev. Huellas, id.).

Estas minorías cristianas de Medio Oriente, como las de Irak y Egipto, son muy antiguas, son de la primera hora del cristianismo, incluso antes de la llegada del Islam.

Hoy las comunidades cristianas son las más perseguidas.

La espiritualidad bautismal está intrínsecamente unida a la espiritualidad martirial; por lo que el Concilio Vaticano II nos exhorta a “difundir la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta el derramamiento de sangre” (Dignit. Human. 14).

A fines de la década del 80, todo un monasterio Trapense fue martirizado en Argelia. El p. Christian Cherge, prior de los trapenses en Argelia, escribió en su testamento espiritual poco antes de su muerte violenta; dando testimonio del corazón de un bautizado conciente de su entrega a Dios y de su fidelidad a la fe:

*“Si llegara el día – y podría ser hoy mismo – en que cayera víctima de ese terrorismo que hoy parece afectar a todo los extranjeros que viven en Argelia, quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recordaran que mi vida ya estaba entregada a todos y a este país. Que acepten que el Maestro Único de toda vida no sería ajeno a esta despedida brutal. Que rueguen por mí: ¿cómo podría ser digno de semejante ofrenda? Que sepan asociar esta muerte a tantas otras igual de violentas dejadas caer en la indiferencia del anonimato...”*

Este testimonio nos recuerda que para los cristianos, la vida es un éxito o un fracaso, no por el éxito que podamos lograr en el mundo; “*la verdad es que si estamos enamorados del Amor, nuestra vida nunca será un fracaso*” (M. Raymond, “Tres Monjes Rebeldes”).

El martirio rojo es una gracia especial que el Señor concede, pero al martirio blanco estamos llamados todos lo bautizados, y consiste en el testimonio cotidiano y fiel de nuestra fe.

Cristianos-católicos: Los tiempos no son fáciles; “debemos estar preparados para vivirlos con personal y generoso espíritu de testimonio de fe, con energía moral, prefiriendo (a cualquier cálculo de egoísmo, de miedo, de vileza, de oportunismo o de comodidad) la realización de nuestra personalidad de hombres auténticos, convertidos por nuestro bautismo en ciudadanos del tiempo, leales y sinceros que tienen conciencia de la simultánea ciudadanía por la que pertenecemos a aquella ciudad de Dios que ahora llamamos Iglesia (...); es decir, de cristianos que no tienen necesidad de abreviar en otro pozo que no sea el evangelio (Pablo VI en L'Oss. Rom. 30. I. 1977).

Hermanos, el bautismo se nos presenta como la cima del encuentro personal con Dios en Cristo Jesús, es una respuesta personal a su llamamiento, a su palabra.

Pidamos al buen Dios que podamos ser testigos de Jesús, a la manera de Jesús:

*Sin gritar ni levantar la voz.  
Sin romper la caña quebrada  
ni apagar la mecha que arde débilmente,  
sin desfallecer ni desalentarnos (Cfr. Is. 42, 2-4.).*

Amén

G. in D.

